



LISPETH

SERA la hija de Sonoo y de Jadéh, habitantes de las montañas.

Un año la cosecha del maíz faltó y dos osos se pasaron toda una noche devastando la única propiedad que tenían los indios, consistente en un campo de adormideras, sobre el valle de Sutlej y cerca de Kotgarh. Por eso en la primera oportunidad se hicieron cristianos y llevaron la pequeñuela á la Misión para que fuera bautizada.

El capellán de Kotgarh le puso por nombre Isabel: Lispeth, según la pronunciación *pahari* (1).

Más tarde el cólera entró en el valle de Kotgarh y se llevó á Sonoo y Jadéh, viéndose

(1) Indio de las montañas del Indostán.

Lispeth reducida á la condición de medio criada, medio compañera de la mujer del capellán.

Esto ocurrió después del reinado de los misioneros moravos, pero cuando ya Kotgarh había olvidado completamente su título de señora de las montañas del Norte.

No sé si el cristianismo favoreció á Lispeth ó si los dioses de su pueblo habrían hecho más por ella en igualdad de circunstancias. Lo único cierto es, que creció haciéndose una muchacha encantadora, y cuando las doncellas de las montañas son hermosas, vale la pena de emprender un penoso viaje de cincuenta millas para verlas.

Lispeth tenía una cara griega; una de esas caras que se pintan amenudo y que rara vez se ven. Era pálida como el marfil, con unos ojos verdaderamente asombrosos, y muy alta, dada su raza.

Si no hubiera estado vestida con uno de aquellos abominables trajes de colores chillones que tanto gustan en las Misiones, y os la hubiérais encontrado de pronto en el repliegue de la montaña, habríais creído que era la Diana de los romanos saliendo á pelear.

Lispeth aceptó el cristianismo fácilmente sin abandonarle al llegar á la edad de la mujer, como hacen muchas muchachas de las montañas. Su pueblo la odiaba porque, según decía, se había vuelto una *memsahib* (1) y se lavaba diariamente: la señora del capellán no sabía qué hacer con ella.

Era imposible pretender que fregara platos y fuentes una diosa altiva que se elevaba más de cinco pies sobre sus zapatos; así que sus ocupaciones se reducían, á jugar con los hijos del capellán, dar lecciones los domingos en la escuela, leer todos los libros que había en la casa y crecer, más y más hermosa, como las Princesas de los cuentos de Hadas.

La mujer del capellán decía que debía irse á Sinla á vivir como doncella ó de otro modo *elegante*; pero Lispeth no se sentía inclinada á hacerlo: era muy feliz donde estaba.

Cuando los viajeros—no había muchos en aquel tiempo—llegaban á Kotgarh, se encerraba en su cuarto, temerosa de que la cogieran y se la llevaran á Sinla ó á cualquiera otra parte de un mundo desconocido.

(1) Señora.—(N. del T.)

Un día, pocos meses después de cumplir los diecisiete años, salió á dar un paseo, que no se parecía ciertamente á los de las señoritas inglesas: una milla ó milla y media, y vuelta en coche á casa. No; sus paseos habituales eran excursiones de 20 á 30 millas entre Kotgarh y Narkunda.

Este día regresó después de anochecido, descendiendo, por el despeñadero de Kotgarh, con algo en los brazos que pesaba mucho.

La esposa del capellán dormitaba en el salón cuando Lispeth entró jadeante bajo el peso de su carga, la dejó sobre el sofá y dijo sencillamente:

—He aquí á mi marido; le he encontrado en Bagi Road. Está herido; le cuidaremos y cuando se restablezca, su esposo de usted le casará conmigo.

Fué aquella la vez primera que habló de proyectos matrimoniales. La mujer del capellán se estremeció de horror; pero lo que por el momento importaba más era el hombre del sofá, necesitado de inmediata asistencia. Era un joven inglés y tenía en la cabeza una herida que dejaba al descubierto el hueso, causada al parecer con un arma mellada.

Lispeth refirió que le había encontrado bajo el Khud y se lo había traído: el hombre respiraba difícilmente y estaba sin conocimiento.

Fué llevado á la cama y curado por la mujer del capellán, algo entendida en medicina, mientras la india esperaba á la puerta de la habitación por si se necesitaba su ayuda.

Al capellán le dijo después que aquel era el hombre con quien había soñado para casarse. El capellán y la esposa de éste la reprendieron severamente por la incorrección de tal conducta, y ella, después de oírles con perfecta tranquilidad, repitió su declaración.

El cristianismo cuida mucho de borrar los salvajes instintos orientales, entre los que descuella el de enamorarse, sólo por una mirada; pero Lispeth, habiendo encontrado el hombre en quien adorar, no vio la razón que le obligase á ocultar sus sentimientos.

Tenía la resolución de no separarse de él; le curaría, y cuando estuviese bueno, se casarían: este era su programa.

Después de quince días de ligeras fiebres, el inglés, mejorado ya, dió las gracias más afectuosas al capellán, á la mujer de éste y á Lispeth—sobre todo á Lispeth—por sus bon-

dades. Dijo que viajaba por el Este (en aquellos días, en los que la flota Peninsular y Oriental estaba en sus comienzos y era pequeña, no se hablaba de viajes por todo el globo); que había venido desde Dehra Dun á buscar plantas y mariposas en las montañas, y que nadie le conocía en Sinla.

Supuso que debió caer sobre el acantilado, cuando cogía un helecho en el tronco podrido de un árbol y entonces sus guías le robaron el equipaje y huyeron.

Pensaba regresar á Sinla cuando estuviera algo más fuerte y renunciar á nuevas correrías por las montañas.

Como demostrara alguna impaciencia por marcharse, al ver lo lentamente que se restablecía, Lispeth formuló observaciones que le valieron consejos y advertencias del capellán y de la mujer.

Esta reveló al inglés lo que pasaba en el corazón de la muchacha, riéndose grandemente el viajero ante aquel hermoso romanticismo que era, según dijo, un idilio del Himalaya. Añadió que estaba ya comprometido con una joven de su país; pero que no acontecería nada, porque sabría proceder discretamente.

Con efecto, lo hizo así, aunque encontraba muy agradable hablar con Lispeth, pasear con ella, decirle las cosas más hermosas y prodigarle los nombres más cariñosos, mientras llegaba el momento en que sus fuerzas le permitieran marcharse.

Cuanto hacía no significaba nada para él, pero significaba mucho para la india, y la doncella fué muy feliz durante quince días, porque había encontrado un hombre á quien amar.

Salvaje de nacimiento, no se preocupaba en ocultar sus impresiones, y esto divertía al inglés.

Cuando éste decidió marcharse, Lispeth le acompañó á la cúspide de la montaña hasta Narkunda, yendo muy turbada y muy triste.

La mujer del capellán, que era una buena cristiana, enemiga de alborotos y escándalos, viendo que la india no le hacía ningún caso, rogó al inglés le dijese que volvería para casarse con ella.—Es una chiquilla—añadió;—ama, y temo mucho á estos salvajes.

Hízolo así el viajero, y las doce millas de cuesta las subieron ciñendo el hombre con su brazo la cintura de la muchacha y jurándole

que volvería y se casarían; juramento que Lispeth le obligaba á repetir á cada paso.

Se separaron y la montañesa permaneció llorando en Narkunda Ridge hasta que le perdió de vista al final del sendero de Mutiani.

Entonces secó sus lágrimas, regresó á Kortgarh y dijo á la mujer del capellán:

—Volverá y se casará conmigo: ha ido á participárselo á su familia.

La mujer del capellán la acarició y dijo también:

—Volverá.

Al cabo de dos meses, Lispeth comenzó á impacientarse, y entonces se le advirtió que el viajero había tenido que cruzar el mar para ir á Inglaterra. La muchacha sabía dónde estaba Inglaterra, porque había aprendido algunas nociones de geografía; pero como hija de las montañas, no tenía ninguna idea de lo que era el mar.

Había en la casa un mapa del mundo muy confuso y muy viejo, con el que jugaba siendo niña. Le desenterró, juntó sus pedazos y por las noches se hacía preguntas á sí misma tratando de averiguar dónde estaba el inglés.

Como no sabía nada ni de las distancias ni de los barcos de vapor, sus conjeturas eran algo erróneas; pero lo mismo hubiera resultado de ser exactas, porque el viajero no pensaba volver para casarse con la doncella de las montañas.

Había olvidado todo lo referente al tiempo en que estuvo cazando mariposas en Assam, hasta el punto de que más tarde escribió un libro de su viaje á Oriente y ni siquiera el nombre de Lispeth aparecía en las páginas.

Durante tres meses la india siguió dando su paseo diario para ver si aparecía su amante en el camino. Esto la consolaba, mientras el pensamiento que más halagaba á la mujer del capellán era que olvidase aquella bárbara y poco delicada locura.

Después los paseos dejaron de alentar á la montañesa, y su genio se volvió muy áspero.

La mujer del capellán creyó que aquella era la mejor ocasión para hacerle conocer el verdadero estado de las cosas, revelándole que el inglés le había hablado de amor para tranquilizarla, sin que jamás hubiera pensado en nada serio, y que era absurdo é impropio de

Lispeth pretender casarse con un hombre superior á ella en clase y que además estaba comprometido con una joven de su misma raza.

Hízolo así, y Lispeth respondió que todo aquello era imposible, porque él le había ofrecido casarse con ella, y la mujer del capellán le había asegurado que volvería.

—¿Cómo puedo pensar—añadió—que él y usted no han dicho la verdad?

—Nosotros lo hacíamos para calmarle.

—¡Entonces ustedes han mentido! ¡Usted y él!

La mujer del capellán inclinó la cabeza sin responder. Lispeth permaneció también silenciosa algunos momentos.

Después descendió al fondo del valle y volvió vestida con su traje de hija de las montañas, horriblemente sucio, pero sin pendientes en las orejas ni anillo en la nariz y con el pelo recogido en larga trenza y sujeto con hilo negro, según la costumbre de las mujeres de las montañas.

—Me marchó con los míos—dijo.—Ustedes han matado á Lispeth; ya no queda más que la hija de la vieja Jadéh: la hija de un

pahari y la sierva de Tarka Devi (1). Los ingleses sois unos embusteros.

Cuando la mujer del capellán se repuso de la sorpresa que la había causado la noticia de que Lispeth se volvía á sus antiguos dioses, la joven había desaparecido para no volver jamás.

Lispeth se arrojó de un modo salvaje entre las costumbres de su desidioso pueblo como para desquitarse del tiempo que había vivido lejos de él, y poco después se casó con un leñador, que le pegaba, según la costumbre de los *paharis*, y su belleza se marchitó pronto.

—No puede uno fiarse de las humoradas de un salvaje—decía la mujer del capellán.—Creo que Lispeth, en el fondo de su corazón, fué siempre hereje.

Recordando que la habían metido en la iglesia de Inglaterra á la tierna edad de cinco semanas, esta observación de la buena señora, no le dió mucho crédito.

Lispeth era muy vieja cuando murió. Siempre conservó un perfecto dominio del inglés, y cuando estaba muy borracha se podía, aun-

(1) Divinidad india.—(N. del T.)

que con trabajo, induciría á que contara la historia de sus primeros amores.

Parecía imposible que aquella criatura la-
gañosa y arrugada, semejante á una escoba
de trapo carbonizado, hubiera sido en otro
tiempo la Lispeth de la Misión de Kotgarh.



TRES Y UN EXTRA

Cuando la cabezada y las trabas
están sueltas, no caces con garrote
sino con gram (1).

(Proverbio indio).

DESPUÉS del matrimonio llega la reacción,
grande unas veces, pequeña otras; pero
más tarde ó más temprano llega y es preciso
que las dos partes salten por encima de ella,
si quieren seguir con la corriente el resto de
la vida.

En el caso de Cusack Bremmil, esta reac-
ción no se declaró hasta el tercer año después
de la boda.

Bremmil era, las más de las veces, algo di-

(1) Especie de semilla que en la India Oriental se
da como pienso á los caballos.—(N. del T.)